

Fascismo, crítica social y terrorismo

*Un ensayo sobre el lenguaje instrumental y los medios de rotulación**

Daniel E. Flórez Muñoz**

Recibido: agosto 18 de 2009
Aprobado: octubre 26 de 2009

RESUMEN

Las Estados actuales legitiman su poder a partir del constante asedio que, en últimas, garantiza su propia razón de ser y justifica su barbarie. Terrorismo ha sido el rótulo indiscriminadamente atribuido a las corrientes progresistas que no renuncian a las posibilidades de liberación y cuyos argumentos se desvirtúan bajo falaces atribuciones de hechos lejanos a las palabras e intenciones. Este término se ha aplicado a aquellos críticos pensadores, malinterpretados –y muchas veces intencionalmente calumniados– por parte de sectores y grupos de corte fascista, que los hace objeto de acusación donde los acusados son siempre los perdedores, situación que ha contribuido a que la sociedad existente luche contra su propia posibilidad de liberación.

Palabras clave: fascismo, guerrillas urbanas, crítica social, terrorismo, marxismo, emancipación.

* Este trabajo constituye un avance dentro de la investigación de "Autoritarismo, guerra y derecho en las sociedades modernas", adelantada por el Grupo de Investigación de Filosofía del Derecho, Derecho Internacional y Problemas Jurídicos Contemporáneos, y coordinada por el autor en calidad de investigador principal, la cual fue iniciada el mes de julio del 2007, adscrita al Departamento de Investigaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Cartagena.

** Coordinador del Grupo de Investigación de "Filosofía del Derecho, Derecho Internacional y Problemas Jurídicos Contemporáneos" de la Universidad de Cartagena; Coordinador del Grupo de Investigación de "Filosofía del Derecho y Derecho Constitucional" de la misma institución. Ha sido ponente en diversos Congresos Nacionales e Internacionales de Filosofía del Derecho, Filosofía Política y Derecho Constitucional. daniel.florez@hotmail.es.

Fascism, Social Criticism, and Terrorism.

An essay on instrumental language and labeling media

ABSTRACT

Current States legitimate their power from a permanent siege which eventually assures their own purpose and justifies their barbarian activities. Terrorism has been the term to indiscriminately label progressive currents which do not resign their possibilities of freedom and their arguments are distorted and attributed with false facts. Term terrorism has been applied to those critics and thinkers who have been intentionally calumniated by fascist-type sectors and groups which accuse them. This situation has made current society to fight against its own possibility to be free.

Key words: Fascism; urban guerrilla; social criticism; terrorism; Marxism; emancipation.

INTRODUCCIÓN

De los pensadores de la que se podría denominar la tercera generación de la Escuela de Frankfurt, Albrecht Wellmer es quizá uno de los alumnos más críticos y profundos de Jürgen Habermas, movido por una relación de recelo frente al planteamiento de su maestro y retomando las bases o raíces de la teoría crítica con uno de los más reconocidos exponentes de esta corriente como lo es el brillante miembro de la primera generación de la Escuela Theodor Adorno, quien junto con Heidegger y Wittgenstein hacen de Wellmer un teórico crítico no “convencional” y con un marco epistemológico mucho más amplio para la reflexión y la crítica al estado de cosas existentes.

Albrecht Wellmer es, por tanto uno, de los filósofos críticos que no teme enfrentar problemas como la crisis de ideales de la izquierda política y el fracaso de las políticas de izquierda, con toda frescura y rigor. Y no entiende muy bien cómo a partir del fracaso de la plena realización de la razón en la historia, habrían de convertirse los pensadores en posmodernos. Sin embargo, es de los herederos actuales de la teoría crítica que mejor ha disertado sobre la posmodernidad, que desde su perspectiva constituye un “vuelco al espíritu moderno por el que éste decididamente entra en su fase postmetafísica” (Wellmer, 1996, p. 9); logrando, así, un estudio donde se conjugan la teoría crítica con las perspectivas postmodernas.

Albrecht Wellmer, en su libro *Finales de partida: la modernidad irreconciliable* (Wellmer, 1996), aborda el problema del terrorismo guerrillero y la teoría social desde una perspectiva europea, pero sin dejar de lado el respectivo análisis de las llamadas formas de liberación del Tercer Mundo, que adoptando, al igual que las RAF¹

¹ Rote Armee Fraktion (Fracción del Ejército Rojo), e Fraktion (Fhof', fue el cual era un grupo anarquista que llevó a cabo acciones terroristas en la República Federal de Alemania desde finales de 1960. También conocido como 'grupo Baader-Meinhof'. Su ideología, de corte anarquista, anticapitalista y

la forma de guerrillas, pretendieron un vuelco político que permitiría la implementación de un modelo no liberal. En este orden de ideas, es posible extrapolar las observaciones que sobre esta forma de combate y resistencia hace el autor, a un problema quizá más próximo a nosotros. Por lo tanto, haremos una caracterización del problema del fascismo a la luz de la teoría crítica “clásica”, para luego entrar, de la mano de Wellmer, Marcuse y Habermas, a entender la forma en que los procesos guerrilleros crean y determinan subjetividades con grandes rasgos de protosistémicos en el interior de las actuales sociedades de consumo, caracterizadas por formas de vida y pensamiento uniformes, y por la reproducción de estructuras con grandes rasgos autoritarios, propias del fascismo.

El presente trabajo, intitulado *Fascismo, crítica y terrorismo*, amerita necesariamente una delimitación conceptual por lo que es menester entrar a definir brevemente qué debe entenderse por cada uno de los conceptos fascismo, terrorismo (me referiré específicamente al denominado terrorismo guerrillero que es el de mayores implicaciones en los países semiperiféricos y periféricos) y crítica social, para luego analizar las relaciones entre los mismo y desvirtuar algunas conjeturas arbitrarias surgidas en relación con éstos; en ese orden de ideas, al final de la artículo, abordaré las conclusiones, inspirado por las consideraciones que al respecto exponen A. Wellmer y H. Marcuse, para tratar de entender mejor el fenómeno en cuestión.

CARACTERIZACIÓN DEL FASCISMO

Entiendo por fascismo mucho más que un modelo político surgido en Italia antes de la Segunda Guerra Mundial, liderado por Benito Mussolini y más adelante tomado en el Tercer Reich. Utilizaremos la noción de fascismo,

antiestadounidense, se basaba en la creencia de que el terror podía desestabilizar al Estado (Wellmer, 1996, p. 318).

para hacer referencia a un fenómeno que llega a sobrepasar el espectro político, en sentido estricto², para constituir toda una estructura de represión y dominación que limita al individuo y lo encadena con ataduras que reposan en el interior de la estructura de carácter de los asociados y distorsionan su percepción de la realidad, al punto de permitir el afloramiento de sentimientos colectivos, movidos por la necesidad de un líder, que los salve de la supuesta hostilidad del mundo exterior. Este elemento es el primero y quizá el más importante de todos, ya que implica delegar la responsabilidad y la autodeterminación en las manos de una autoridad distinta a sí mismo; por tanto, en virtud del temor y la soledad que implica la existencia misma del ser como individuo y no como parte de una masa³, el individuo delega su presente y su futuro a la voluntad de un extraño, en el que se materializan todos los valores e ideales que la sociedad represiva reclama.

Esto puede entenderse como el resultado de diversos factores que juegan en una infancia represiva, a tal punto que daría como resultado, por una parte, un individuo que solo reconoce la autoridad en sí mismo y vive buscando enemigos para justificar su agresión; por otro lado, y este es un resultado más general, la formación de un individuo que necesita imperiosamente una autoridad a la cual seguir, una autoridad que lo oriente, lo acepte y, sobre todo, lo proteja; es decir, la masa de derecha vive en la constante búsqueda de un “Padre”, proyectando en él un tipo de personalidad mesiánica, para que este sea quien lo libere y lleve de la mano hacia la llamada *utopía autoritaria*. En relación con esta afirmación, Theodoro Adorno y Max Horkheimer, en el libro titulado *Lecciones de Sociología*, muestran cómo

Queda por verse en qué medida la transferencia de la autoridad paterna a la colectividad modificó la constitución intrínseca de la autoridad misma, pero sería absurdo, de cualquier manera, identificar la crisis de la familia con la declinación de la autoridad como tal. La autoridad, al contrario, se vuelve más abstracta, y por lo tanto, cada vez más inhumana e inexorable. El ideal del yo agigantado y colectivizado es el espejo satánico del ideal de un yo liberado (Adorno & Horkheimer, 1996, p. 146).

Producto de esa visión, del mundo idólatra, se desprende y naturaliza la exclusión; la masa de derecha es excluyente por naturaleza; dada la necesidad de que exista *un otro bélico*; ese *otro*, siempre constituye una amenaza constante que legitima la represión, el sacrificio, el orden, la disciplina y la agresividad que se manejan y disponen, por lo cual no es extraño ver cómo aumentaron de forma considerable las células y grupos durante la Alemania del Tercer Reich; grupos y asociaciones sin ningún valor propio, con toda una parafernalia simbólica que buscaba cohesionar y desindividualizar la colectividad, en otras palabras, hacerla una “masa”, entorno a un sentido de pertenencia dirigido a una abstracción, en la cual se enmarca el grupo, en cuyo seno existía una estructura vertical a la cual se le debía todo. Estos grupos, propios de la sociedad atomizada, que fomentan la identidad de individuos carentes de la misma, solo tienen sentido para los mismos pertenecientes. Se presenta una absoluta distorsión de la realidad: el individuo no vale si no es parte de determinadas colectividades, al punto que “el aislamiento se convierte en proximidad, la deshumanización, en humanización, la extinción del sujeto en su confirmación”; y de esta forma, “la socialización de los seres humanos perpetúa su asociabilidad, sin permitirle siquiera al inadaptado social enorgullecerse de ser humano” (Adorno, 2005, p. 44), petrifica el vínculo afectivo, y llega hasta la abnegación entre el llamado líder y su masa.

2 Sobrepasa el espectro político en sentido estricto, en virtud de que no responde a una ideología determinada, muestra de esto es el considerado fascismo rojo desarrollado en la URSS estalinista.

3 Ver al respecto Horkheimer (1973, p. 138-170).

Erich Fromm (1964), miembro de la primera generación de la llamada Escuela de Frankfurt y reconocido psicoanalista, que ostenta el galardón de ser quien introdujo a la teoría crítica los supuestos del psicoanálisis para, de la mano de Marx y Freud, entender mejor al individuo en la sociedad capitalista, en su obra titulada *Psicoanálisis en la sociedad contemporánea* nos muestra cómo el fascismo, el nazismo y el stalinismo tienen de común que ofrecieron al individuo atomizado un refugio y una seguridad nuevos.

Estos regímenes son la culminación de la enajenación. Se hace al individuo sentirse impotente e insignificante, pero se le enseña a proyectar todas sus potencias humanas en la figura del jefe, en el estado, en la "patria", a quien tiene que someterse y adorar.

Escapa de la libertad hacia una nueva idolatría. Todas las cosas conseguidas por la individualidad y la razón, desde fines de la Edad Media hasta el siglo XIX, se sacrifican en los altares de los ídolos nuevos. Los nuevos regímenes fueron estructurados sobre las mentiras más flagrantes, tanto por lo que respecta a sus programas como por lo que respecta a sus líderes. En su programa pretendían representar cierto tipo de socialismo, mientras que lo que hacían era la negación de todo lo que significó esa palabra en la tradición socialista. Las figuras de sus líderes no hacían más que subrayar la gran decepción. Mussolini, cobardemente bravucón, se convirtió en el símbolo de la masculinidad y el valor. Hitler, un maniaco de la destrucción, fue ensalzado como constructor de una nueva Alemania. Stalin, intrigante ambicioso de sangre fría, fue pintado como padre amoroso de su pueblo (Fromm, 1964, p. 128).

En ese orden de ideas, el fascismo eleva como valores máximos el orden y la disciplina; apelando a un discurso tradicionalista, demagogo y autoritario, inflama las pasiones de su pueblo y los eleva hasta el punto mismo de creatividad

del caudillo, presuponiendo una descendencia común y remontándolos a glorias pasadas perdidas, dignas de ser retomadas a partir de lo que se denomina *tradiciones imaginarias*; por tanto, es meramente pasional.

EL FASCISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Ahora bien, en la sociedad contemporánea, todavía se mantienen latentes los gérmenes de ese sistema totalitario y autoritario denominado fascismo. Son estos modelos, denominados *fascismo fussi*, los que operan como un fascismo camuflado pero igualmente represivo, agresivo y dominador.

Los estudios de la primera generación de la escuela de Frankfurt⁴ mostraron lo peligrosa que era dicha situación, sacaron a la luz formas de dominación que hasta ese entonces se percibían como naturales y desenmascararon instituciones que las sociedades represivas, propias del capitalismo tardío, imponían sobre sus asociados⁵ y la manera como sus asociados perpetuaban dicha represión, interiorizando la lógica del capital en sus vidas, llegando inclusive a determinar la familia misma; al respecto, nos comentan Adorno y Horkheimer la forma en que la familia *se reduce progresivamente al valor pragmático de una relación de intercambio*:

El hombre paga un incentivo a cambio de la disponibilidad sexual de la mujer a sus deseos y el colectivo de las mujeres obtiene, por su monopolio natural, cierto grado de seguridad. Es característico que precisamente allí donde el culto romántico de la familia encuentra más

4 Compuesta principalmente por Horkheimer, Adorno, Lowenthal, Marcuse, Fromm, Pollock y Neuman. Ver al respecto: Martín Jay (1989).

5 Los estudios de Michel Foucault, sobre el tema también dieron bastante luz al respecto. LA VERDAD Y LA FORMA JURÍDICA (1996), LAS PALABRAS Y LAS COSAS (1968) y VIGILAR Y CASTIGAR (1976), muestran como se constituyen y que formas adopta el poder dentro de la sociedad a través de las instituciones, las prácticas y el lenguaje mismo.

rumorosos oficientes, la institución del divorcio ha viciado ya de contenido al matrimonio. Los individuos se tornan fungibles como en la vida profesional, en la cual se abandona un puesto cuando se ofrece otro mejor (Adorno & Horkheimer, 1969, p. 142).

Y de la misma forma como es interiorizada por la familia, es incorporada por los individuos y los lleva al punto de desarrollar una morbosa moralidad, moralidad que reprende lo que la sociedad sataniza, que curiosamente es lo mismo que ésta fomenta: el sexo, la violencia y el derroche, llegando al punto de auto-sanccionarse por ceder (como lo quiere el sistema) ante las situaciones de sangre y desnudos; de esta forma se genera un sentimiento de culpa general y amplificado. El sueño del capital es la vida del *mafioso*, es eso lo que nos venden, esa posibilidad de vida, llena de lujos y placeres egoístamente obtenidos, que gozan un dinero sucio de sangre y dolor, perfectamente análogo al dinero de multinacionales que es obtenido sobre-explotando a niños en África. Por tal razón, Herbert Marcuse comenta cómo la operabilidad del lenguaje entra a jugar un papel fundamental en nuestra percepción de la realidad, y la forma en que el sistema totalitario y unidimensionalizante se vale de dicha operabilidad, para lograr dominar no solo las conductas con los mecanismos de control, sino el pensamiento mismo al redefinir las palabras que utilizamos para ejercerlo; ejemplo de esto es la manera en que la “obscenidad” en la actualidad no entraña más que un concepto moral en el arsenal verbal del sistema establecido, que violenta el término aplicándolo, no a las expresiones de su propia moralidad, sino a las de la ajena, obviando el hecho de que

... (e)sta sociedad es obscena en cuanto produce y expone indecentemente una sofocante abundancia de bienes mientras priva a sus víctimas en el extranjero de las necesidades de la vida; obscena al hartarse a sí misma y a sus basureros mientras envenena y quema las escasas

materias alimenticias en los escenarios de su agresión; obscena en las palabras y sonrisas de sus políticos y sus bufones; en sus oraciones, en su ignorancia, y en la sabiduría de sus intelectuales a sueldo. (Marcuse, 1969, p. 196).

En ese sentido ya no es obsceno ni morboso o inmoral un capitán que exhibe sus medallas y preseas obtenidas en un guerra de destrucción y muerte, pero sí lo es una fotografía de una mujer mostrando el vello de su pubis; no es obsceno un padre de la Santa Iglesia Católica auspiciando una misa en un cuartel, derramando agua bendita sobre los fusiles para fortalecer y convencer a los soldados de que deben matar y morir por su patria; matar a personas como sus padres y hermanos, pero transformados en la abstracción denominada *enemigo*.

Es en este punto donde una sociedad enferma debe despertar y abogar por su liberación, liberación que debe hacerse de una forma radical, para lo cual debemos conocer contra qué luchamos que, como ya quedó claro, es mucho más que un régimen político o un eventual gobierno e, inclusive, es más que un sistema económico. Lo primero que debe cambiar es el individuo mismo, la persona debe llegar a tomar conciencia y levantarse contra sí misma, contra su propio sistema de necesidades; debe ubicarse en la historia y, sobre todo, debe entender que la realidad no es tan simple como se nos presenta.

MARXISMO Y CRÍTICA SOCIAL EN COLOMBIA. APROXIMACIÓN

Desde 1848 cuando se publica el *Manifiesto del partido comunista*, el mundo sintió nuevamente la convicción de que era posible una sociedad más justa donde todo se manejara entre iguales y libres, donde no existieran clases ni existieran dominantes ni dominados, donde las personas valieran por el simple hecho de ser

personas y no fueran cosificadas cual producto o mercancía. Bajo esos aires, se adelantaron y conformaron grupos de resistencia. Se tenía claro, por lo menos para un sector de estos grupos, que la resistencia debía hacerse por medio de la fuerza, fuerza encauzada hacia la liberación humana. Otro sector consideraba que el sistema ofrecía las herramientas necesarias para transformarlo y superarlo, y de esta forma implementar el socialismo; dicho sector más adelante se denominó *socialdemócrata*, pero, previo a esto, la socialdemocracia confiaba en que la violencia no era del todo inaplicable, por el contrario, brindaba una posible herramienta de inmediata contundencia a la hora de desestabilizar el sistema; entre este grupo encontramos a Rosa Luxemburgo, gran ideóloga marxista que configuro quizá una de las posiciones de izquierda más férreas en la Alemania pre nazi.

El marxismo soviético constituye para algunos una arista del pensamiento leninista más que del mismo Marx. En este punto es importante hacer la aclaración de que en el tránsito de uno a otro quedaron por fuera quizá los elementos más significativos de la teoría marxista: elementos políticos, sociales y gran parte del sentido humanista se vieron violados; no se comprendió que Marx era un heredero de la Ilustración; ahora bien, habría que guardar una distancia crítica con el pensamiento de Leon Trotski cuando me refiero al marxismo soviético, en virtud de que no se podría igualar a Leon Trotski con Joseph Stalin en el campo teórico y, por lo tanto, en la praxis; en ese sentido, Trotski mantiene algunas aproximaciones a la teoría de Marx (Marcuse, 1958). La implicación del problema planteado fueron que se asoció, casi automáticamente, que la teoría política marxista debía ser materializada necesariamente por la praxis soviética o china, y que la filosofía de Marx se encontraba contenida en los manuales panfletarios, propios del adoctrinamiento soviético. En Colombia, nos comenta el maestro Rubén Jaramillo Vélez, las ideas marxistas de este tipo fueron recibidas: las provenientes

de China por el llamado Movimiento Obrero independiente Revolucionario sumergiéndolos así según el profesor Jaramillo Vélez en el plano de la esterilidad teórica (Jaramillo, 1998, p. 254), y las provenientes de la URSS de Stalin por parte del Partido Comunista; cada uno de estos movimientos manifestaba en sus inicios un apoyo hacia una lucha paralela, la una desde las urnas, y la otra en el campo y la montaña; los primeros bajo la bandera de Mao, con el ELN, y los segundos con las FARC; vemos, pues, cómo los dos grupos, que quizá sean los más determinantes en el acontecer político de la izquierda en Colombia, nacen lejos de ser la materialización de una teoría marxista en el sentido estricto de la expresión.

No es mi intención hacer un análisis del conflicto colombiano directamente, pero sí ver cómo conflictos paralelos podrían dar luces para un análisis, más meticoloso, y menos limitado de la realidad.

APROXIMACIÓN CONCEPTUAL AL TERRORISMO

En el frío racionalismo normativo característico de los sistemas jurídicos de influencia francesa en los cuales la *ley es sinónimo de derecho*, y el juez en cuanto más se ciña a la misma mejor juez es, se denominan prácticas terroristas las que se adecuan al tipo penal denominado *terrorismo*,

Lo primero que debe cambiar es el individuo mismo, la persona debe llegar a tomar conciencia y levantarse contra sí misma, contra su propio sistema de necesidades; debe ubicarse en la historia y, sobre todo, debe entender que la realidad no es tan simple como se nos presenta.

previsto en el artículo 343 del Código Penal Colombiano, cuyo supuesto de hecho es:

El que provoque o mantenga en estado de zozobra o terror a la población o a un sector de ella, mediante actos que pongan en peligro la vida, la integridad física o la libertad de las personas o las edificaciones o medios de comunicación, transporte, procesamiento o conducción de fluidos o fuerzas motrices, valiéndose de medios capaces de causar estragos (ley 599 del 2000, 2000).

Naturalmente, vemos como constituyente primario del tipo, el llamado estado de zozobra o terror, conductas o hechos que bajo ningún análisis manejan una dimensión política; por tanto, así, tal cual reza la norma, el terrorista no necesariamente debe ser movido por un interés político, no existe para el código una necesaria causa ideológica que sirva de motor para la consumación de actos, mediante el terror y la zozobra; en consecuencia, vemos cómo el mismo concepto de terrorismo, previsto por la legislación, permite una libre e, inclusive, arbitraria interpretación y aplicación del concepto como un simple presupuesto político-propagandístico de la derecha política. Internacionalmente no existe un criterio unificado para definir terrorismo. En cada Estado, la palabra *terrorismo* enmarca actos diferentes. Estados Unidos llama terrorismo a las “fuerzas que buscan la destrucción total o parcial de la democracia y poner caos en el mundo”; por ello, se eleva esta nación como defensora de los intereses mundiales, y entabla una lucha contra el terrorismo, haciendo, con sus acciones, difusa la línea que separa la barbarie de unos con la barbarie de los otros, pero siempre justificando la barbarie en nombre de ideales que sirven para demostrar que siempre pueden estar peor las cosas. Este solo es un ejemplo de lo que encierra el concepto de terrorismo: terrorismo es, en este contexto, todo lo que constituya una amenaza para el *statu quo*, o régimen establecido. Y de esta forma lo entien-

den el Presidente de Colombia, el de Estados Unidos y los presidentes de los demás países encauzados en esta lucha.

Dada la brevedad de este ensayo, la interesante genealogía del concepto de *terrorismo* será objeto de un trabajo diferente, pero no sin antes dejar constancia de que el terror, como medio, solo constituyó un arma eficaz para quienes detentaban el poder, es decir, el terrorismo históricamente solo ha servido de forma eficaz para la materialización de los intereses de la derecha política.

TERRORISMO GUERRILLERO Y EMANCIPACIÓN SOCIAL

Luego de este muy ligero análisis de conceptos, llegamos al punto donde las relaciones entre fascismo, crítica y terrorismo se evidencian. Wellmer nos comenta cómo políticos, científicos sociales y periodistas conservadores acusan en la actualidad a las teorías sociales de “izquierda”, como defensoras e incitadoras, a prácticas terroristas. Suponen que este tipo de teorías ha creado un piso firme para el desarrollo de doctrinas cuya única forma de acción es el combate armado. Ante esto, estas acusaciones, los representantes de tales teorías tienden a reaccionar de forma tal que, sin darse cuenta, aceptan el papel de *adversario*, papel que, sin importar lo que se demuestre en la forma de refutar estas acusaciones, en las palabras de Marx, Adorno y Marcuse, corresponde a las ideas comunicadas por la RAF, en el caso alemán. Aunque los acusados expliquen que dichas frases, teoremas y argumentos encierran un sentido distinto al que esos grupos denominados terroristas le han dado, ya en ese momento y sin saberlo, se han situado como parte acusada en el campo de ese *derecho* penal de la intención⁶, en el cual,

⁶ Ver al respecto la propuesta jurídico penal contemporánea en Jackobs y Melía (2003).

en palabras de Wellmer, *los acusados son siempre los perdedores*; por tanto, lo mismo da si logran o no demostrar su inocencia: la denuncia constituye un indicio en sí misma, y con esos rótulos y etiquetas, son sentenciados desde la simple acusación mediática; este proceso es lo que la criminología crítica, denomina *control social informal*.

En relación con el terrorismo guerrillero, me centraré en lo que se denomina “guerrilla urbana” que igualmente pretendió, en sus inicios, por regla general, constituir modalidades radicalizadas de política de izquierda; de ahí que hoy en día muchos sectores manejen una auto-censura, producto de un análisis histórico-genealógico del fenómeno. En el caso de las RAF, por ejemplo, vemos como Ulrike Meinhof se unió a este grupo como socialista. Ella, entre otros muchos personajes, vieron en estas modalidades, la solución, y en el terror, una herramienta; por tanto, se debe seguir con respeto y cuidado el análisis de estas prácticas y grupos, denominados terroristas, y tener especial cuidado con generalizaciones apresuradas (Wellmer, 1996, p. 294).

Ahora bien, considero impreciso entender estos grupos como forma radical de política de izquierda, ya que más bien encajarían en lo que corresponde a un *juego de reaccionarismo social* de los que, en un extremo, ellos son agentes, y del otro, la derecha política hace lo suyo; cada uno legítima sus acciones, en contraste con las del contrario, lo que constituye un círculo vicioso vacío de transformación seria y real.

Comenta Wellmer (1996, p. 295), respecto a las guerrillas urbanas de la RAF, –y dicha observación es perfectamente extrapolable a otros grupos armados insurgentes– que estas formas de combate corresponden a la reproducción vacía de un modelo tercermundista de liberación: los fenómenos Che Guevara, Mao y Fanon constituyeron la peor ilusión que una vanguardia libertaria universal pueda confiar y proclamar,

es decir, fue la reproducción ciega de modelos ajenos a las circunstancias y contextos políticos, económicos y sociales distintos. En el caso de las RAF, ellas pudieron interpretar los problemas de emancipación del Primer Mundo como categorías de los movimientos de liberación del Tercer Mundo, con la convicción de que, por una parte, la sangre de unos cuantos mostraría al sistema tal como es; en consecuencia, las masas populares los reconocerían a ellos, no como enemigos, sino como liberadores y los apoyarían en contra del enemigo común; y por otra parte, la correcta idea de que solo podrían introducirse cambios sociales donde los individuos optaran por una práctica emancipadora se transformó en la ilusión de “una docena de luchadores que comiencen de verdad y no se limiten a discutir sin fin... pueden introducir un cambio fundamental en la escena política, y por cierto que por medio de la lucha armada era posible obtener el asentamiento de las masas a la lucha armada y con ello ponerse en marcha la emancipación” (Rote Armee Fraktion, 1997, p. 251). Vemos cómo se maneja, de una forma quizá bastante distante de una línea teórica seria, la lucha bélica: en este caso, ven en las masas populares un posible sujeto revolucionario y por ello, con la convicción de que es posible que ellas adhieran a la lucha en un momento determinado, justifican los esfuerzos, la muerte y suplicio que significa constituir la resistencia armada. Ahora bien, la situación varía un poco cuando se habla del ámbito metropolitano, y de la persona de la ciudad.

La función de las guerrillas en las metrópolis aparece redefinida, como “elite leninista que tendría como función suministrar al pueblo, para el eventual enfrentamiento de clases, una vanguardia político-militar que entrara a garantizar las condiciones de capacidad revolucionaria y de acción” (Rote Armee Fraktion, 1997, p. 253). En concordancia con el análisis de Wellmer, vemos que la población de las metrópolis surge como sujeto político a largo plazo y que los individuos ya no se constitu-

yen como los auténticos destinatarios de las iniciativas revolucionarias, pues no se trata ya de poner en marcha directamente procesos emancipatorios en las metrópolis; sólo es cuestión de participar (en el corazón mismo del enemigo, en la metrópolis) en la guerra de liberación del Tercer Mundo contra el imperialismo: “la destrucción de las metrópolis se convierte en objetivo de la lucha armada, y las masas de estas metrópolis aparecen ya como objetos de esta lucha” (Wellmer, 1996, p. 254). Por tanto, lejos de constituirse en fuerza universalista, cada vez se ven como redentores de un marco más reducido de esa población explotada.

Tal como las RAF lo dijeron en una entrevista a *Der Spiegel*, en la época de la tercera huelga de hambre de los presos de este grupo, se nos muestra cómo a partir de frases como “*teoría y praxis se convierten en una unidad en la lucha*” (Rote Armee Fraktion, 1997, p. 253), las secuelas de un aislamiento de sus círculos, producto de la lucha ilegal conduce a una inmunización contra toda corrección por la experiencia. En virtud de que se reduce al mínimo el espacio para la reflexión deliberativa, que solo se discuten nuevas formas de estrategia, y que se aceptan como dogmas los presupuestos que los han llevado a tal punto, podríamos encontrarnos en el terreno del fanatismo, cerrado a toda posibilidad de discusión racional.

En la misma entrevista, surge también la frase que quizá sea la más decisiva para entender las raíces filosófico-políticas y la vinculación de estos grupos a las teorías sociales: “lo que para Lenin era el partido bolchevique de cuadros, es hoy, bajo las condiciones de la organización multinacional del capital, la organización de contrapoder proletario que surge de la guerrilla” (Rote Armee Fraktion, 1997, p. 253). En esta frase queda marcado en palabras de Wellmer lo “fantástico de la auto-comprensión leninista”, agregando que la concepción leninista de partido se contradice

con los planteamientos teóricos marxistas y que puede, al menos, entenderse o hacerse inteligible recurriendo a la situación de un país gobernado autocráticamente y retrasado, como era Rusia antes de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, vemos cómo lo problemática, que era la concepción leninista del partido, quedó claramente evidenciada en la evolución estalinista de la Unión Soviética.

Ahora bien, cuando me refiero a la existencia, en estos grupos, de un grado de irracionalidad y de fanatismo dogmático, me refiero al producto de un proceso histórico, proceso que quizá no contenía estos vicios en sus inicios, pero que, como efectos del aislamiento anteriormente señalado, entraron a constituir elementos propios de su naturaleza.

Y esto se confirma en el hecho de que el núcleo primitivo de muchos de los grupos alzados en armas estaba conformado por un número de mujeres y hombres, cuyo destino, un destino elegido por voluntad propia, y no hablo de su fin en virtud de que no puedo hacer cábalas al respecto, provocó gran tristeza y consternación en muchos que nunca se vieron tentados a seguir y, de hecho, reprochaban acciones de tal naturaleza. Y esto era producto de un contexto donde las discusiones y debates no temían hacerse, y el nivel de reflexión y de análisis deliberativo era admirable, producto quizá de sus contactos íntimos en el caso de las RAF con los grupos provenientes del movimiento estudiantil de los 60, y por ello, aun cuando:

Hacia ya mucho tiempo que resultaba inaccesible a la crítica por parte de la izquierda, todavía tenían tanto la inteligencia como también la voluntad de explicarse públicamente y por que sus acciones, por lo menos en parte, todavía eran accesibles a interpretaciones políticas (Wellmer, 1996, p. 298).

Para la generación siguiente de terroristas, estos elogios no pueden valer, dado que se vuelve

notorio el alejamiento del nivel de reflexión política de la mayoría de los miembros de estos grupos, entrando en acciones que manejan un carácter, más que todo, sub-político.

A este paulatino déficit de crítica y reflexión obedece la creciente des-sensibilización frente a las víctimas de la violencia y una extensión, casi arbitraria, de las categorías de aquellos a los que se considera justificado convertir en posibles víctimas del terror: una extrapolación de la praxis política a la simple acción estratégico-militar, una reducción de los objetivos políticos y perspectivas ideológicas a simples objetivos secundarios como la liberación de presos y la servidumbre al narcotráfico, y para colmo de males, la desintegración de la posibilidad de construcción de una nueva sociedad, con la autonomización y conversión de la lucha armada ilegal como una forma de vida, elevada, así, a un fin en sí misma, y no como medio para un fin transformador serio y real, en virtud de que esta forma de vida le ofrece al guerrillero la posibilidad de gestionar y fortalecer una identidad grupal que podría reducirse y cohesionarse, en últimas, en una relación de odio contra el sistema.

Es en relación de esa despolitización de las interpretaciones de la realidad que orientan a la acción, donde existe un gran espacio entre la teoría social y la praxis guerrillera terrorista. En este orden de ideas, podemos estar ante unos de esos mecanismos o sistemas que terminan confiriendo a un tipo de prácticas inicialmente movidas por signos socialistas, los rasgos propios de una criminalidad de derechas (Wellmer, 1996, p. 299).

TERRORISMO, CRÍTICA Y SOCIEDAD UNIDIMENSIONAL

En las llamadas fuerzas de liberación de izquierdas radicales que, a partir de una serie

En virtud de que se reduce al mínimo el espacio para la reflexión deliberativa, que solo se discuten nuevas formas de estrategia, y que se aceptan como dogmas los presupuestos que los han llevado a tal punto, podríamos encontrarnos en el terreno del fanatismo, cerrado a toda posibilidad de discusión racional.

de procesos internos y adaptaciones tanto lingüísticas como culturales, dieron el paso a la lucha ilegal, y que de términos inicialmente revolucionarios, pasaron a una escalada de terrorismo y reaccionarismo político, hay marcados, comenta Wellmer, específicamente, dos mecanismos dependientes uno del otro, que son los verdaderamente responsables de este viraje o distorsión ideológico-práctica.

El primero de estos mecanismos es descrito por Michael Baumann y Hort Mahler (Wellmer, 1996, p. 300); en su análisis, concuerdan, naturalmente refiriéndose al caso alemán de las RAF, en que, bajo las condiciones de ilegalidad, psicosis de conspiración y de una creciente presión del mundo externo, volvieron a perderse las ganancias en experiencia y comunicación obtenidas a partir de la fase anti-autoritaria del movimiento estudiantil de los años 60. El aislamiento produjo una desvinculación afectiva de las experiencias, necesidades y realidades de aquellos en cuya representación habían decidido actuar; además, la presión creciente del mundo externo acaba por incidir dentro de la estructura interna del grupo (Wellmer, p. 300). La pérdida de experiencias y realidad hacia el exterior se traduce en la pérdida de comunicación y de experiencias hacia el interior del grupo mismo. Afirma Wellmer, que es ahí donde las *“propias condiciones de vida de los grupos terroristas obligan a estos a asumir precisamente los rasgos más inhumanos de los aparatos que combaten”* (Wellmer, p. 300).

Después de haber declarado única realidad del sistema ese desnudo terror que el sistema combatido por ellos difunde en sus imágenes (Vietnam), mediante su propia forma de lucha hacen en si verdadero aquello que habían afirmado del sistema, a saber, la reducción de todos los procesos de la vida social a pura difusión del terror (Wellmer, 1996, p. 300).

El segundo de los mecanismos responsable de esta mutación concierne a las llamadas consecuencias políticas y sociales de terrorismo.

Como los terroristas se han desconectado concientemente de las necesidades, experiencias y procesos de aprendizaje de su entorno social, como su estrategia contiene ya una buena dosis de desprecio hacia las masas que supuestamente están liberando, nada tiene de extraño que sus acciones hayan chocado en una predominante mayoría de la población, con reacciones que van desde la incomprensión hasta el asco (Wellmer, 1996, p. 301).

Ese sentimiento de repudio, en parte responsabilidad de estos grupos, por motivos ya citados brevemente, es lo que permite la coyuntura política, para que los grupos de ideología conservadora, es decir, la derecha política, sistematicen una campaña difamadora, en contra de toda la izquierda indiscriminadamente, estableciendo conjeturas, la mayoría de veces, arbitrarias, para mostrar o evidenciar las cercanías entre las teorías marxistas o críticas, con estos grupos terroristas, y en el proceso de difamación dejan como víctima a toda posibilidad de izquierda; entiéndase, por tanto, que los afectados son la izquierda democrática, grupos reformistas, y colectividades radicales, todos en el mismo saco y todos responsables de los mismo males. Este es el punto donde la supuesta sana armonía entre los partidos y la solidaridad liberal quedan de lado; de lo que se trata es de suprimir de la opinión pública toda posibilidad de análisis, movida por supuestos

críticos; con ello se permite el desarrollo libre de políticas de corte fascista, donde se anula toda posibilidad de resistencia, de crítica o de reflexión alguna, satanizadas por los medios y, por tanto, recibidas con recelo por las masas.

Vemos cómo el terrorismo entra a jugar una marea, que corresponde en gran medida a los intereses de la derecha, ya que justifica la represión y el llamado "terrorismo de Estado" que siempre son entendidos como respuesta a las acciones bélicas de las guerrillas o grupos terroristas y juega en contra de los ideales mismos de la izquierda democrática y los grupos de corte socialista que, quizá, bajo condiciones dadas, puedan garantizar una mejor opción y demostrar una nueva "praxis social".

Ahora bien, parece ser que hasta el momento se hubiese dejado de lado, el análisis moral al terrorismo; es claro que existen razones a priori en contra del ejercicio de la violencia contra los otros hombres y, por extensión, también contra la destrucción humana. Por tanto, la violencia física, cuanto más dura e irrevocable sea,

... (n)ecesita por tanto de una legitimación que sea capaz de neutralizar en determinados casos tales contraargumentos. Que hay situaciones en las que puede justificarse el uso de la violencia, eso es algo, que ni los liberales discuten (...) pero quien se decide por la violencia, asume la carga probatoria (Wellmer, 1996, p. 302).

En todo caso, hay que ser delicado en este terreno, ya que la moral, en la actualidad, constituye un elemento del discurso del sistema, con una carga ideológica tal que ha conducido a una evolución semántica, de la cual se evacuan, en sentido estricto y coloquial, temas como la libertad, y se encamina solo a la connotación sexual de la sociedad. Pero esto es algo que solo dejaré señalado, ya que lo referente a la operabilidad del lenguaje y a su construcción histórica son asuntos de la ideología.

El lenguaje de la moral es hoy también un lenguaje de dominación, de ahí que “el radicalismo político implica el radicalismo moral: la afloración de una moral que puede precondicionar al hombre para la libertad.” (Wellmer, 1996, p. 303).

Este radicalismo pone en acción la base elemental, orgánica, de la moralidad en el ser humano. Anterior a toda conducta ética de acuerdo con criterios sociales específicos, anterior a toda expresión ideológica, la moralidad es una “disposición” del organismo, enraizada quizás en el impulso erótico que contrarresta la agresividad, para crear y preservar “unidades cada vez mayores” de vida.

Tendríamos entonces, de este lado de todos los “valores”, un fundamento instintivo para la solidaridad entre los seres humanos: una solidaridad que ha sido efectivamente reprimida de acuerdo con los requerimientos de la sociedad clasista, pero que ahora aparece como una de las condiciones previas de la liberación (Marcuse, 1969, p. 17).

Por tanto, la crítica hecha desde la moral al terrorismo como tal se transforma en hipocresía en la medida en que esta lleve de la mano “un subrepticio tolerar, admitir e incluso justificar abiertamente, formas de terror estatalmente organizadas o de desprecio tecnológicamente organizadas de la vida humana. Pues el desprecio de las normas morales por los terroristas solo es reflejo de las funciones ideológicas que dichas normas cumplen en la sociedad” (Wellmer, 1996, p. 303). El objetivo debe ser reencauzar las energías morales que hoy se descargan sobre el terrorismo, hacia el objetivo de una humanización de la sociedad, liberándola así de una vez y por todas del carácter represivo e ideológico. Entonces el problema del terrorismo se solucionaría por sí solo, aparte de alcanzar un fundamento biológico *del socialismo*, en palabras de Marcuse, ya que la moral constituye la muestra fehaciente de que este fundamento nos es dado, y por tanto hay

que depurarlo, para ver la forma de comenzar la imperativa dinámica de liberación⁷.

Con ánimos de conclusión, considero importante no entender el terrorismo fuera de los contextos sociales y políticos bajo los que se desenvuelve; de igual forma, es menester enmarcar en una serie de categorías inspiradas por las contradicciones y patologías fomentadas y criadas en el seno de las sociedades actuales; por tanto, es importante ver al terrorismo: (a) como una clara expresión de problemas de legitimación y de patologías sistémicas de nuestra sociedad; (b) llegar a entender cómo se muestran o los efectos que producen en él los elementos irracionales, existencialistas y accionistas que tienen en común con otras formas de rebeldía; y (c) debe entenderse cómo las patologías del sistema se reproducen, incluso, cómo las experiencias son elaboradas por los terroristas (Wellmer, 1996, p. 306).

Las tres categorías presentadas han sido tratadas propedéuticamente, en forma de tesis tácitas en el desarrollo de este trabajo, pero siempre es importante aclarar algunos puntos, especialmente de la primera categoría, es decir, entender el terrorismo como una clara expresión de problemas de legitimación y de patologías sistémicas de nuestra sociedad.

Estudiaremos el problema desde el terreno de la teoría crítica, teniendo en cuenta la forma en que Karl Marx, Max Weber, Adorno, Horkheimer y el mismo Habermas analizaron la evolución de las sociedades capitalistas como un proceso de “racionalización” técnica y burocrática disociado de la racionalidad práctica, en el que a la creciente destrucción de la naturaleza externa corresponde un creciente control técnico y manipulativo de la naturaleza interna de los individuos, así como una creciente administración burocrática de las relaciones sociales (Wellmer, 1996, p. 300). Y es esta automatización de lo que Weber denominó razón instrumental la que

⁷ Al respecto, ver Marcuse (1969).

permite la petrificación de las relaciones de violencia entre los individuos, aun adoptando formas más o menos visibles.

Se analizan las sociedades modernas solo desde de la perspectiva de una “violencia estructural” perpetuada en procesos de racionalización técnico-burocráticos, disfrazados bajo las instituciones que el Estado democrático de derecho ostenta, de una violencia estructural que inclusive penetra en las relaciones sociales de los individuos y en la constitución psíquica de los mismos; “entonces resulta evidente que el terrorismo individual solo puede aparecer en el mejor de los casos como una forma de impotente resistencia que permanece prisionera de la lógica del sistema y en cierto modo lleva hasta sus últimas consecuencias” (Wellmer, 1996, p. 305).

Las corrientes que, según Wellmer, constituyen las líneas de evolución de la teoría crítica, es decir, los planteamientos de Habermas, Offe y Castoriadis, por ejemplo, en el caso de Habermas (1999), nos muestran cómo las contradicciones y las crisis del capitalismo que podrían representar una amenaza contra el sistema, no hay que buscarlas en el sistema económico, sino en el que concierne, sobre todo, a problemas de legitimación, de motivación y de administración. Por tanto, y siguiendo con Habermas, los problemas y contradicciones relevantes en este caso podrían reposar en el sistema burgués de legitimación, es decir, (1) en la auto interpretación de las sociedades industriales de Occidente en términos democráticos y de Estado de derecho; (2) en la ética burguesa del trabajo; y (3) en esa forma de vida de los individuos, centrada en términos privatistas en la familia nuclear y en la carrera profesional.

CONCLUSIÓN

Para concluir considero importante resaltar, que quienes ven en las teorías sociales una

Vemos cómo el terrorismo entra a jugar una marea, que corresponde en gran medida a los intereses de la derecha, ya que justifica la represión y el llamado “terrorismo de Estado” que siempre son entendidos como respuesta a las acciones bélicas de las guerrillas o grupos terroristas y juega en contra de los ideales mismos de la izquierda democrática y los grupos de corte socialista que, quizá, bajo condiciones dadas, puedan garantizar una mejor opción y demostrar una nueva “praxis social”.

posibilidad de pensamiento crítico, reflexivo y sobre todo impregnado de un gran valor humanista, y quien acepta ese juego de difamaciones y señalamientos arbitrarios y falaces, se han dejado atrapar ya en buena parte en esa especie de mecanismo por el cual la violencia terrorista y la represión estatal parecen alimentarse mutuamente, el cual sólo deja dos opciones igualmente malas, a saber: la de una indignación carente de todo concepto o la de un barato distanciamiento, por un lado, y la de una irracional solidaridad con los terroristas, por el otro. Y lo que se queda perdido en el camino es el pensamiento crítico; si a este se le hace responsable hoy de las simplificaciones, de las regresiones y de las fantasías de la conciencia terrorista, ello es porque el Estado, al que hoy se trata de defender contra el terrorismo, no es ya, con demasiada frecuencia, el Estado liberal de derecho, sino un *statu quo* cuyos defensores tienen manifiestamente razones para temer al pensamiento crítico (Wellmer, 1996, p. 320).

Es imperativo abogar por nuevas formas de liberación que neutralicen aquellas que, bajo la bandera de la vanguardia redentora, pretenda justificar todo un abanico de actos atroces, que

no sirven más que para fortalecer la sociedad fascista, enferma y represiva que es en la que hoy nos desarrollamos, y que encuentra en esos actos su propia justificación e, inclusive, su razón de ser. Tenemos nuevos medios como la Internet y nuevas formas como la pedagogía; por tanto, no es conveniente pensar que al ver al grupo de individuos armados y de camuflado las cosas pueden y van a cambiar. Ya que a fin de cuentas:

Los portadores sociales de la transformación solo se forman en el proceso mismo de transformación, y no puede

contarse siempre con la situación afortunada y relativamente fácil de que estas fuerzas revolucionarias existan y estén listas, en cierto sentido ready made, al iniciarse el movimiento revolucionario. Pero existe, en mi opinión un criterio válido, a saber: cuando técnicamente están presentes las fuerzas materiales e intelectuales para llevar a cabo la transformación, pese a que su empleo racional resulte impedido por la organización existente de las fuerzas productivas. Y en este sentido creo yo que podemos hablar efectivamente, hoy, del fin de la utopía. (Marcuse, 1986, p. 4).

REFERENCIAS

- Adorno, T. (2005). Mensaje en una botella. En: Zizek, Slavoj (Comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Segunda reimpresión. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Adorno, T. & Horkheimer, M. (1969). *Lecciones de Sociología*. Buenos Aires: Editorial Proteo S.A.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1996). *La verdad y la forma jurídica*. Barcelona: Gedisa.
- Fromm, E. (1964). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Habermas, J. (1999). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid: Ediciones Cátedra S. A.
- Horkheimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- Jackobs, G. & Meliá, M. (2003), *Derecho penal del enemigo*. Madrid: Civitas Ediciones.
- Jaramillo, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Editorial Argumentos.
- Jay, M. (1989). *La imaginación dialéctica*. Madrid: Taurus.
- Marcuse, H. (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz. México.
- Marcuse, H. (1986). *El final de la utopía*. Barcelona: Editorial Planeta de Agostini S. A.
- Marcuse, H. (1958). *The soviet marxism*. New York: Columbia University Press.
- República de Colombia. (2000). *Ley 599 de 2000*. Colombia.
- Rote Armeefraktion. (1997). *Das konzept stadguerrilla*. Munich: Lund.
- Wellmer, A. (1996). *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*. Madrid: Ediciones Cátedra S. A.

